

Sergio Ramírez

CATALOGADO

**La
Narrativa
Centroamericana**

A José María Méndez.

Las manifestaciones más importantes del arte narrativo centroamericano antes de lo que podría llamarse la época de creación individual, se producen con las crónicas sagradas y tradiciones orales de los pueblos aborígenes que habitaron la región, desde Yucatán hasta Costa Rica

La más deslumbrante de estas crónicas es el **Popol Vujh**, antiguas historias del quiché, compuestas por los toltecas que entre los siglos X y XI abandonaron en el ocaso de su civilización la ciudad de Tula y en un éxodo que las crónicas describen como bíblico, llegaron a Guatemala para fundar **Gumarcaaj**, dominando a los maya-quichés cuya lengua sin embargo adoptaron. Fue en la lengua quiché que el **Popol Vujh** se transmitió oralmente durante siglos, hasta ser recogido en forma escrita en 1544 y traducido al castellano en 1688 por Fray Francisco Ximénez, cura párroco de Chichicastenango.

Estas crónicas religioso-literarias que fueron concebidas en dos partes, una mitológica y otra que narra hechos históricos --aunque tal diferencia casi no prevalece pues todo el texto se envuelve en el aura de la mítica-- narían la génesis, éxodo y heroísmos de los maya-quichés, con acentos del antiguo testamento que resultaron sin duda de la influencia cristiana de la colonia.

El **Memorial de Sololá** o anales de los **cachiqueles** se refiere también a la historia de ese pueblo, desde los orígenes hasta la edad heroica, o sea la de la lucha con los españoles, y fue escrito en el siglo XVII. Los **Títulos** de

los *Señores de Totonicapán*, escrito en 1554 y traducido al español en 1884, es el tercero de los libros sagrados y habla también del éxodo de los toltecas.

A pesar de sus grandes cualidades literarias, estos libros son eminentemente sagrados y cumplieron una función religiosa; los seres anónimos que durante años los fueron extrayendo de sus recuerdos, de su fantasía y de sus tradiciones, estuvieron animados más de propósitos mágicos que estéticos, para explicarse en una cosmogonía ritual a sus dioses y a la parentela y descendencia terrena de éstos.

El pueblo tolteca siguió más allá en su éxodo y difundió su cultura en todo Centroamérica, propagando la lengua nahualt; su caminata y asentamiento duró cinco siglos, en el curso de los cuales se fusionaron con otros grupos étnicos, algunos de los cuales habían bajado también de México tiempo atrás, mientras otros ascendieron al sur, como los Chibchas. Fue en la cuenca de los lagos en el centro del istmo, que esta fusión multiétnica se produjo, poco tiempo antes de iniciarse la conquista española; toltecas, maribios, chibchas y chorotegas, se encontraron para siempre y dejaron la última de las culturas prehispánicas de carácter híbrido a que la feroz persecución de los conquistadores dio lugar. Sus únicos legados literarios fueron una narrativa y una poesía primitiva oral, que por tal carácter, sufrieron una lenta decantación a medida que los grupos indígenas iban siendo diezmados.

Difícilmente pudo darse una fusión de culturas entre los aborígenes y los españoles, que tuviera como resultado una rica tradición literaria. Durante la conquista, el único arte narrativo que tuvo vigencia fue el de las relaciones y las cartas de los conquistadores letrados, pero que a pesar de sus propósitos históricos no dejaron de dar campo a la ficción, como cuando se relata la presencia en el campo de batalla de Santiago, batiendo espada en mano a los indígenas.

La tradición literaria de la colonia, consiste únicamente de narraciones orales de clara ascendencia indígena, cuentos de camino cuyos personajes son animales; de alguna poesía callejera que es peninsular; y de un teatro popular barroco en que ambas culturas se fundieron. Obras de ficción en prosa no hubo en la colonia; pues la novela fue un género maldito para los inquisidores, que prohibieron la circulación de libros de caballería en el continente. Se prohibía sí la poesía, por su don de comunicación lírica con Dios y no la novela, en que se referían cosas terrenas, las más de las veces conteniendo asuntos propios del demonio y no del cielo. Escasas copias del *Quijote* llegaron a Centroamérica de contrabando y no fue sino hasta finales del siglo XVIII que las ordenanzas de Carlos III permitieron la circulación de novelas y otros libros mundanos en indias.

De manera que entre la excelente tradición literaria de la cultura maya quiché y las primeras obras narrativas del siglo XIX, hay un abismo, el de la colonia. Sería quizá por eso que una vez desaparecida la inquisición y erigido el régimen republicano, los escritores que hicieron sus primeros tanteos en la novela y el cuento, traten desesperadamente de cubrir esa laguna, escribiendo obras de ficción histórica, sobre la época colonial; es sin duda, un campo amplio y propicio, tanto por ser inexplorado, como por avenirse a las

influencias literarias europeas. El primer novelista centroamericano es **Antonio José de Irisari** (1786-1868) que escribió en 1847 **El Cristiano Errante**, una novela picaresca, autobiográfica y costumbrista; (la primera novela latinoamericana había aparecido en 1816 en México, el **Periquillo Sarmiento**, de Lizardi) y en 1863, **Historia del Perincito Epaminondas del Cauca**, Irisari fue un rico criollo guatemalteco que tuvo la oportunidad de formarse dentro de la tónica de la cultura enciclopedista de la época; en sus dos libros va a las fuentes de la picaresca española y crea sus personajes americanos bajo las reglas de la **Vida del Buscón** y el **Lazarillo de Tormes**.

Pero quien realmente inicia el género con mejor propiedad y más entendedor del buen uso de los instrumentos de su oficio, es **Don José Milla** (1822-1882) nacido también en Guatemala. Milla lleva sus primeros libros al escenario colonial y en él se da una rara mixtura propia de los grandes vacíos culturales de América con respecto a Europa, pues hace coincidir en sus escritos, desde las influencias de la novela romántica en su forma más popular, la del folletín, hasta la novela propiamente histórica, para hacer surgir por último de esas aguas estancadas, el realismo, como estilo independiente.

Cabe mencionar que en todo el continente no se hacía más que reflejar o calcar las modas literarias europeas, con la desventaja de que tales influencias se producían o todas a la vez, como hemos dicho, o de manera anacrónica. Así los legados románticos de Chateaubriand y Bernardine de Saint Pierre, con sus estereotipadas parejas de amantes desgraciados, que dieron en América **María de Jorge Isaac** (1867), literatura que pronto degeneró en el truculento género del folletín por entregas, un ejemplo del cual es **Aves sin nido** (1889) de la peruana **Clorinda de Mantto**, se combinó en Milla con las influencias de la novela histórica de Sir Walter Scott, Manzoni y Alejandro Dumas, para resultar en libros de romanticismo aventurero, en los ambientes lúgubres de la colonia.

En sus primeras tres novelas Milla se atiene más al rigor histórico, para hacer congruentes las situaciones narradas con los hechos reales (**La Hija del adelantado**, 1886; **Los Nazarenos**, 1867; **El Visitador**), pero después deja más campo a la fantasía (**Historia de un Pepe**, 1882; **Memorias de un Abogado**, 1876) para llegar por último a una crítica de la sociedad al estilo realista (**El Esclavo de don Dinero**, 1881) terminando con un libro que sin ser propiamente novela, crea a un personaje tipo, el Juan Chapín (**Un viaje al otro mundo pasando por otras partes**, 1875).

Pero en todas ellas, domina la técnica del folletín romántico, pues eran publicadas por entregas en semanarios y su mejor mérito está, como corresponde, en el suspense en que se deja al lector al final de cada capítulo; además tienen toda la gama de hijos expósitos, amores libertinos, amantes emparejados, asesinos silenciosos, baúles de doble fondo, pistolas que se descargan por medio de mecanismos diabólicos, romances desdichados que terminan en el manicomio o en el convento; personajes cuya identidad no se descubre sino en la última entrega; héroes y villanos perfectamente diferenciados. Todas estas atrocidades románticas llevan también un entrometimiento feroz del autor con sus personajes, para compadecerlos, perdonarlos o alentarlos; y conversaciones con el lector, sobre el próximo paso con respecto a la trama.

El principal mérito del folletín está sin duda en su irrestricto carácter novelesco, sin que la imaginación se sujete a ninguna norma de congruencia; son tramas aventureras, sin propósitos moralizantes. De esta libertad surge su carácter romántico (roman: novela) y lo que con este mismo carácter la épica dio a los libros de caballería, aquí la truculenta sentimental lo da a los libretos por entrega.

Las mismas tendencias fuera de orden cronológico siguen mezclándose en la obra de los autores que sucedieron a Milla también en Guatemala; solo que ahora se suman Benito Pérez Galdós, Julio Verne, José María de Pereda, aunque la tónica es eminentemente romántica; Fernando Pineda escribe *Memorias de un amigo* (1867); José A. Beteta, escribe *Edmundo* (1890); Felipe de Jesús, *María Historia de una mártir*. Con Francisco Lainfiesta se sale un poco del camino trillado, al concebir en *A vista de pájaro* (1879) a un personaje que se convierte en zopilote para avizorar el pasado y el futuro, con lo que la influencia de Verne se hace ya sentir

Del folletín histórico-romántico que fue la primera manifestación formal de la narración en Centroamérica, se comienzan a desmembrar dos tendencias que originadas al concluir el siglo XIX, han logrado sobrevivir hasta la fecha el realismo, que desembocó en los cuadros de costumbres y de allí en el regionalismo, y el naturalismo, que desembocó en los cuadros desgarrados de la pobreza y de allí en la narrativa social. Estos dos son los signos más importantes de nuestra literatura narrativa, tomando en cuenta que con ambos se inicia el género en los restantes países de Centroamérica, pues fuera de Guatemala, en ninguno de ellos se escribieron novelas histórico-románticas; y que ambos, después de encontrarse y confundirse, traspasan la leve línea del modernismo en prosa, que no tuvo ninguna permanencia y dominan los primeros cincuenta años de nuestro siglo XX

El realismo costumbrista de fines del siglo XIX, se amoldó mejor al carácter de la sociedad pastoril y agrícola de la meseta central costarricense, formada por inmigrantes europeos y de escasa tradición cultural; allí se dio un amanerado costumbrismo bucólico, inofensivo si se quiere. Así se produjeron en verso las *Concherías* de Aquileo J. Echeverría (1866-1909), aún memorables en el país, y quien como gran admirador del Darío de Azul, escribió *Crónicas* y *Cuentos Míos*. Esta cultura rural, ascética y victoriana produjo también a Manuel González Zeledón (Magón) (1864-1936) que escribió una colección de cuadros de costumbres con la intención de descubrir a los ojos del "lector culto" los giros en el habla del campesino caficultor y sus costumbres, y un ensayo de novela, *La propia*.

Un eminente gramático, Carlos Gagini (1865-1925) publicó *Chamarasca* (1898) que tendía más hacia el naturalismo y *Cuentos Grises* (1918). Estos tres escritores, son los clásicos del realismo costarricense del siglo XIX y los fundadores de la literatura de su país. Un notable historiador, Ricardo Fernández Guardia (1867-1950) que produjo también cuentos que estaban entre el modernismo y el realismo (*Hojarasca*, 1894; *Cuentos Ticos*, 1901) inició con los cultores del costumbrismo una polémica sobre el apropiado uso del lenguaje no culto (el vernáculo) como medio de expresión literaria; es decir,

purismo contra localismos, polémica de la que participaron también el guatemalteco Máximo Soto Hall y el hondureño Juan Ramón Molina. Ambas tendencias, sin embargo sólo aspiraban a definir si el lector debía enfrentarse con un campesino con habla propia; o si el autor, debía hacerle la gracia de traducir esa expresión. Don Joaquín García Monge (1881-1958) siguió en esta línea de temas campesinos, con sus tres libros: *El Moto* (1900); *Hijas del Campo* (1900) y la *Mala Sombra* (1917) aunque ha alcanzado más celebridad por su *Repertorio Americano*, revista que dirigió durante cuarenta años.

El costumbrismo de fines del siglo XIX, era burlesco y humorístico y como reflejo del realismo que se creó en Europa para hacer escarnio de la nueva clase burguesa producida por la edad industrial, aquí enderezaba sus lanzas, no contra una nueva clase petulante y desarraigada, sino contra una pobre clase marginada de cuyos pintoresquismos no tenía culpa.

En el resto de Centroamérica, hay costumbristas decimonónicos en El Salvador: Salvador J. Carazo (1850-1910); Arturo Ambrogi (1875-1936) autor de entre otros, *El Libro del Trópico*, *Crónicas Marchitas*; *El Jetón*; *Cuentos y Fantasías*; Francisco Herrera Velado (1876-) autor de *Agua de Coco* (1926); Alberto Rivas Bonilla (1891-) autor de *Me monto en un potro* (1943); los escritos de todos ellos matizados de humor, pinturas sencillas, acuarelas del paisaje y cuadros provinciales; y en Nicaragua, Adolfo Calero Orozco (1899) autor de *Cuentos Pinoleros* (1945); *Cuentos Nicaragüenses* (1957); *Cuentos de Aquí no más* (1963); y de una novela, *Sangre Santa* (1939).

Por supuesto que algunos de los mencionados en último término, pertenecen a esta orientación no tanto por la época en que publicaron sus escritos, pues es evidente que algunos lo hicieron tardíamente, sino por su temática y por el tono sencillo y provinciano del relato.

Paralelo al realismo costumbrista, se desarrolló el naturalismo, que es la otra cara de la misma moneda: si el realismo trataba de moralizar a la sociedad burlándose de ella, o en nuestro medio de culturizar al campesino haciéndole ver sus imperfecciones idiomáticas y su atraso de costumbres; o simplemente de evocar un estado de cosas con criterio eminentemente estético, el naturalismo se lanzó contra los vicios de la sociedad; contra sus egoísmos y sus desigualdades, y fue ya la literatura con retratos de los miserables, cuadros de gente hundida en la pobreza y al abandono; y considerando a la vez que cualquier cosa es válidamente estética, aunque se hablara de llagas y detritus. La marca evidente de Dostoievski y Emilio Zola.

Quizá el más importante naturalista centroamericano, si no por su calidad, por su dedicación, es Enrique Martínez Sobral (1875-1950), quien compuso una comedia humana local, sólo que con tintes contrarios: *Páginas de la Vida*, que forman *Los de Peralta*; *Humo*; *Su Matrimonio*; *Alcohol e Inútil Combate*; obra con actitud reformadora que muestra la inmoralidad en todos sus aspectos; el incesto, la prostitución, el adulterio, el alcoholismo.

En El Salvador, aparece José María María Peralta Lagos (1873-1944), en el que la tendencia social es ya más acentuada; y en Costa Rica Genaro Cardona (1863-1930) autor de *El Primo* (1905) y la *Esfinge del Sendero* (1914).

Más tarde, **Luis Dobles Segreda** (1891-1956) quien escribió *Por el amor de Dios* (1918); *Rosa Mística* (1920) y *Caña Brava* (1926).

En Guatemala, **Ramón A. Salazar**, autor de *Alma Enferma* (1896), *Stella* (1896) y *Conflictos* (1898).

El modernismo se inicia con respecto a la prosa, como un movimiento antitético del naturalismo, proclamando que sólo las cosas bellas son adorables; lo demás, no puede ser objeto de arte. Es pues, el efímero reinado del arte por el arte en el campo narrativo, pues si en la poesía el éxito del modernismo fue tan devastador que aún hoy perdura su influencia, las prácticas puristas en el cuento y en la novela no llegaron muy lejos, con todo su mundo de princesas encantadas, quioscos de malaquita y mantos de tisú, quizá principalmente porque el modernismo enseñaba un desarraigo ambiental, ya que las historias transcurrían, o en romotos países orientales o en París, y obligaba así a sus seguidores, a una estancia en Europa o a una mera apropiación libresca, que lógicamente tendía a agotarse rápidamente.

El fundador del movimiento modernista en prosa y en verso es **Rubén Darío** (1866-1967) quien escribió algunos de sus mejores cuentos en la línea naturalista baste recordar *El Fardo* o que comenzaban a soltar esos amarres (*Betún y Sangre*) para entrar en el territorio galante y frívola (*La Muerte de la Emperatriz de China*) o en el meramente simbólico o alegórico (*La Canción de Oro*, *El Pájaro Azul*) todos ellos en un estilo lejanamente evocador y lírico, contruidos en un lenguaje de oropeles. La actitud experimental de la prosa dariana que se inicia con *Azul* y que produce después de siglos de esclerosis en la lengua castellana una verdadera revolución verbal sin precedentes, ha sido la herencia que de manera general la literatura hispanoamericana ha recibido de Rubén y que hizo posibles después a Cortázar, a García Márquez y a Vargas Llosa, como su poesía hizo posibles también a Vallejo, Neruda y a Octavio Paz.

Este mismo fenómeno dariano, en la prosa, del naturalismo hacia el modernismo, se opera en dos de sus seguidores hondureños: **Juan Ramón Molina** (1875-1908) quien reunió sus relatos y versos en un solo volumen, *Tierras, Mares y Cielos* (1913) y cuyos cuentos fluctúan entre un mundo de mujeres de pueblo, presidiarios, tinterillos y barriadas; y el ars narrativa modernista con sus moralejas positivistas de amor al progreso y al trabajo; y **Froilán Turcios** (1875-1943) mejor conocido por haber sido corresponsal y propagandista de Sandino y quien posee una extensa bibliografía; modernista hondureño también es **Rafael Heliodoro Valle** (1891-1959) autor de *Tierras de Pan Llevar* (1939) entre muchos de sus libros

En El Salvador el modernista más notable es **Francisco Gavidia** (1868-1955); se dedica a los relatos de tipo histórico precolombino (aunque como romanticismo redivivo, el modernismo se lanzaba a la búsqueda de culturas y fuentes remotas) y de tipo colonial y republicano; Gavidia recrea también leyendas indígenas y así su cuento más famoso es "*La Loba*". Escribió *Cuentos y Narraciones* (1931) y *Cuentos de Marineros* (1947). Un contemporáneo suyo **Manuel Mayora Castillo** (1864-1925) fue también modernista, autor de fábulas con moralejas.

En Guatemala aparecen Enrique Gómez Carillo (1873-1927) más famoso por sus crónicas de viajes y por su papel de acólito de Dario y el más notable ejemplo de la narración cosmopolita sin ningún arraigo local; escribió un conjunto titulado *Tres novelas inmorales* (*Del amor, del dolor y del vicio*; *Bohemia Sentimental*; y *Maravillas, o pobre clown*) y una última, *El Evangelio del Amor*. En ellas domina más el carácter voluptuoso y libertino, con tintes impresionistas, de lo que el autor trataba de mostrar como el ambiente libre y concupiscente de París; y Rafael Arévalo Martínez (1884) el único modernista sobreviviente, y quien en sus narraciones intentó crear un mundo fantástico, con personajes irreales de cuya existencia pudiera desprenderse alguna lección moral, como lo atestiguan *El Mundo de los Maharachias* (1938) y *Viaje a Ipanda* (1939), con los que trata además de adelantarse a las novelas de ciencia ficción; y con sus cuentos, el mejor de los cuales es el *Hombre que parecía un caballo*, memorable por presentar un mundo kafkiano, anterior a Kafka. Sus otros libros son *Una Vida* (1914); *Manuel Aldano* (1914); *La Oficina de paz de Orlandia* (1925); y *Honduras* (1947), versión novelada de la vida de Estrada Cabrera.

Saliendo ya del campo del modernismo, para procurar un tipo de novela fantástico-política, está Máximo Soto Hall (1871-1944) quien en *El Problema* (1899) utiliza el asunto del canal por Nicaragua, imaginando asépticas poblaciones norteamericanas en el trópico nicaragüense y a los habitantes de ese país, asimilando rápidamente la cultura de los Estados Unidos (lo cual no está muy lejos de la ficción).

El modernismo se replegó más tarde como estilo narrativo, para dar paso a la reinstauración de las dos corrientes principales, de que se habló antes: el realismo costumbrista, que se convirtió en el regionalismo; y el naturalismo, que vino a ser la narrativa social. Ambos llegan a dominar el ambiente de la creación literaria en todo el continente; y de su sombra, la literatura latinoamericana no está logrando liberarse sino hasta hace muy poco.

Desde el año de 1916 en que aparece *Los de Abajo*, de Mariano Azuela, hasta 1941 en que se publica *El Mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegría, la narrativa latinoamericana vive lo que podría llamarse su edad clásica y las tendencias arriba mencionadas se juntan para descubrir a América como un continente indómito de exuberante naturaleza, lleno de prototipos míticos, el gaucho, el payador, el maderero, el plantador, todo bajo el común denominador de un protagonista aún más poderoso: la naturaleza, que tal era el sinónimo del continente salvaje, como superproducción en tetricolor. Los creadores de esta época tiran de la cuerda por los extremos: desde el hombre civilizado que baja a conquistar lo salvaje, como en *Doña Bárbara* (1920) de Rómulo Gallegos, que es quizá el punto más alto a que llegó la novela tropical; a la inmisericorde explotación del indio, con buenos y malos de una sola pieza como en las películas del western, tal es *Huasipungo* (1934) de Jorge Ycaza o *El Mundo es ancho y ajeno* ya mencionado; a la novela del centauro, como *Don Segundo Sombra* (1926) de Ricardo Güirarides; o en las que, para reafirmar el señorío, de la naturaleza, la selva se traga al protagonista, como en la *Vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera.

Más que cumplir estrictamente con un papel de literatura de creación, la

novela americana que florece entre las dos guerras mundiales, tuvo que llenar los vacíos existentes en cuanto al conocimiento del continente, con países aislados unos de otros, sin medios de comunicación, casi sin intercambio; tampoco existía la investigación en las ciencias sociales y así el novelista se ve obligado a dar noticias sobre razas, costumbres, tenencia de la tierra, geografía, flora, fauna y además de surtir sus escritos con datos abundantes, intenta interpretaciones sociológicas y políticas.

De las dos tendencias que se mencionan: la que narra la explotación del indio y la que revela los poderes de la indómita naturaleza y la sumisión del hombre a su reinado, es esta última la más artísticamente válida y la que ejerció mayor influencia continental, principalmente con *La Vorágine* y *Doña Bárbara*.

En cuanto a Centroamérica, el panorama es bastante complejo, aunque pueden señalarse tres direcciones 1) la que determinan Gallegos y Rivera; 2) la de la explotación del indio, a la cual se agrega un elemento dinámico, cual es la intervención política y económica de los Estados Unidos; y 3) la que crea un arte narrativo puro alrededor del campesino, sin acentos sociales y que puede denominarse como regionalismo, heredero directo del realismo criollo del siglo XIX. De estas tres, la del regionalismo es la que alcanza mayor número de seguidores, aunque no siempre el más alto vuelo.

La novela que enfrenta al hombre civilizado con la naturaleza extramuros, tiene en Centroamérica su representante más alto en Flavio Herrera, de Guatemala (1895-1967), quien escribió tres novelas importantes: *El Tigre* (1932); *La Tempestad* (1935) y *Caos* (1949) a las que habría que agregar *Poniente de Sirenas* (1937) y dos libros de cuentos: *La lente opaca* (1921) y *Cenizas* (1923); sus descripciones del trópico son resueltas en un rico lenguaje poético, de metáforas que envuelven en un hálito de sensualidad a las palabras. El otro guatemalteco de esta línea es Carlos Wyld Ospina (1891-1956), cuyas más importantes novelas son *La Gringa* (1935) y *Los lares apagados* (1958). En Nicaragua, se produjo una buena novela dentro del estilo, *Cosmapa* de José Román (1906).

La narrativa social encuentra sus temas en la explotación feudal del indígena, y en una insensibilidad absoluta de las clases dominantes y de sus cómplices, que son el gobierno y la iglesia; esta explotación de raíz colonial y de esencia medioeval presenta una dimensión estática —allí nada se mueve, sólo el látigo—, que en Centroamérica adquiere un ritmo vertiginoso, más envolvente: las intervenciones de los marineros norteamericanos en Nicaragua desde el año de 1912 hasta 1933; el otorgamiento de concesiones bananeras a poderosas compañías norteamericanas, el inicio de movimientos sindicales en todos nuestros países; la formación de partidos obreros; la lucha contra las dictaduras militares: las revueltas que derrocaron a algunas de ellas y la consiguiente movilización o desencadenamiento de fuerzas populares; y las tremendas desigualdades sociales y económicas, dan pie para la creación de una narrativa de denuncia en la región; que se inicia alrededor del año 1940, principalmente en lo que se refiere a la novela, pues el cuento de carácter social, es anterior a esta fecha.

Es Miguel Ángel Asturias (1899) quien en forma más definitiva y literariamente válida, logra transmitir este mensaje de protesta, articulado como obra de ficción.

El Señor Presidente (1946) es la primera novela que se aparta del folclore tradicional para referirse a uno nuevo: el de las dictaduras medievales; una de las más largas y tenebrosas fue la de Manuel Estrada Cabrera, quien sumió a Guatemala en un ambiente de irrealidad que Asturias transcribe como tal, en lenguaje surrealista. De este oficio de tinieblas, con sus crímenes, traiciones y torturas, abyecciones y servilismos, resulta el testimonio de una época, vertido en forma más lúcida que como podría lograrlo un texto de historia; es así, el primer enfrentamiento de un escritor con una realidad que como la de las tiranías tropicales, es parte esencial de nuestra historia.

No obstante, las intenciones de denuncia de Asturias son más evidentes en su trilogía del banano, que forman las novelas Viento Fuerte (1949); El Papa Verde (1950); y los Ojos de los enterrados (1960). En ella se desnuda una situación ligada íntimamente a Centroamérica, a su independencia y a nuestra nacionalidad: la de las plantaciones bananeras, a la sombra de cuyos intereses se provocaron guerras, revueltas armadas, o en las palabras de Ernesto Cardenal:

“ revoluciones para la obtención de concesiones
y exenciones de millones de impuestos para las importaciones
y exportaciones, revisiones de viejas concesiones
y subvenciones para nuevas explotaciones,
violaciones de contratos, violaciones
de la Constitución . ”

Toda esta teoría literario-política es desarrollada por Asturias y completada en un libro de relatos, *Week-end en Guatemala* (1954). No obstante su importancia para la causa antimperialista de Centroamérica, lo cual es definitivamente una calidad extraliteraria, la trilogía del banano no es lo mejor logrado de su obra, su libro capital es *Hombres de Maíz* (1949), en el cual se recobran todas las tradiciones míticas y lingüísticas de las crónicas aborígenes y en donde lo mágico y lo primitivo toman su lugar, sin que la fábula se dañe por abiertas intenciones. De la misma textura son *El Alhajadito* (1961); *Mulata de Tal* (1936); *El Espejo de Lida Sal* (1967); su última novela aparecida este año es *Hijo de Ladrón* (1969) que se desarrolla en la colonia.

Mario Monteforte Toledo (1911) se inicia con una novela en que es evidente el tema del hombre contra la naturaleza: *Anaité* (1948) aunque en sus dos siguientes: *Entre la piedra y la cruz* (1948) y *Donde Acaban los Caminos* (1953) lo dominante es ya la explotación del indio guatemalteco; después con *Una manera de morir* (1957) se relatan los conflictos del personaje al abandonar el partido comunista y por fin *Y llegaron del mar* (1965); es autor también de una colección de cuentos que tiene la tónica de la denuncia social: *La cueva sin quietud* (1949). Los otros escritores de Guatemala que matizan también sus cuentos, sino propiamente con la denuncia, con la exposición de situaciones de miseria o con referencia a la vida de los campe-

sinos y de su pobreza, son **Eduardo Carrillo Fernández** (1931); **José María López Baldizón** (1929) y **Raúl Carrillo Meza** (1925).

En Costa Rica, el representante más destacado de este tipo de literatura combativa es **Carlos Luis Fallas** (1909-1965) quien escribió una serie de crónicas que después noveló bajo el título *Mamita Yunai* (1941) de gran difusión; pero cuyos libros más humanos y más auténticos son *Gentes y Gentecillas* (1947) y *Marcos Ramírez* (1952); escribió también *Mi Madrina* (1956).

Otro costarricense, **Fabián Dobles** (1918) expone con un lenguaje de gran brillantez los cuadros de miseria y explotación de su país; las barriadas y sus pobres habitantes. Sus novelas más importantes son: *Ese que llaman pueblo* (1942); *Aguas Turbias* (1943); su colección de cuentos *Historias de Tata Mundo* (1955) en los que crea un personaje-narrador, se acercan más al costumbrismo. Su bibliografía es mucho más extensa y está también **Max Jiménez** (1909-1947) con un relato largo, *El Jaul* (1937) y **Joaquín Gutiérrez** que es autor de dos novelas: *Manglar* (1947) y *Puerto Limón* (1950).

En El Salvador, **Manuel Aguilar Chávez** (1913-1957) pone como instrumento de la denuncia un arrebatado acento lírico, de conmiseración hacia los niños pobres de las barriadas, los hombres sin tierra, los campesinos explotados e ignorantes, hacia los viejos que esperan eternamente por un sueño nunca cumplido. Sus relatos están reunidos en *Puros Cuentos* (1959). Su descampado amor por el prójimo se convierte muy fácilmente en intrusión discursiva que perjudica la pureza de la narración.

Víctor Cáceres Lara (1915) nacido en Honduras, combina lo social y lo regional —las migraciones de campesinos hacia la costa norte, tierra de promisión, y su desengaño posterior— En *Humus* (1952) se inicia también la narrativa que tiene como escenario las bananeras hondureñas. **Alejandro Castro h.** (1914), también hondureño, autor de una colección de cuentos, *El Ángel de la Balanza* (1957) muestra claras influencias de la revolución mexicana, al narrar las atrocidades cometidas contra los indios en la guerra.

La única literatura existente en Nicaragua como testimonio de la ocupación militar de la marinería norteamericana y de la rebelión del General **César Augusto Sandino**, quien sostuvo durante siete años una lucha de resistencia que culminó con la salida de las fuerzas de ocupación en 1933, fue escrita por **Manolo Cuadra** (1908-1957) quien peleó como soldado de la Guardia Nacional, fundada por los Estados Unidos, contra las fuerzas guerrilleras de Sandino en las montañas de las Segovias; su libro de cuentos, *Contra Sandino en la Montaña* (1942) habla de las marchas en plena selva; de las torturas, de los interrogatorios y de los combates. **Almidón** (1945) se refiere a las aventuras políticas del autor quien fue uno de los más encarnizados combatientes del régimen de Anastasio Somoza. **Fernando Centeno Zapata** (1922), también nicaragüense, tiene dos libros de relatos con acento social: *La tierra no tiene dueño* (1960); y *La Cerca* (1963); en ambos hay una descarnada visión del peón, del campesino envenenado por los insecticidas, de las familias arrojadas de las casas de vecindad. Por último **Hernán Robleto** (1898-1969) autor de una novela política *Sangre en el Trópico*, y de varias colecciones de cuentos de ambiente mexicano.

Llegamos pues, al género narrativo de más difusión en Centroamérica: el regionalismo. No hay duda que el fundador del cuento regional y el maestro de esta forma de creación es Salvador Salazar Arrué (Salarrué) (1899). La visión del mundo campesino, con su habla, pasiones, mitos, tradiciones, aparece por primera vez revelada en una esencia poética en *Cuentos de Barro* (1933) que por la brevedad y precisión de su lenguaje lírico llegan al realismo mágico; relámpagos o dentelladas, descubrimiento de las honduras humanas de hombres desolados, acorralados por el silencio y por los remordimientos como en *Semos Malos*.

La brevedad pictórica, el cierre maestro tras la proposición visible de un asunto; inocencia, amor, crueldad, conduciendo el relato en la voz de un narrador que por su habla es el propio campesino (y la narración fue en su origen eminentemente oral, no hay que olvidarlo) confieren a estos cuentos una estatura que, pese a las sucesivas imitaciones y multiplicaciones de los regionalistas en todo el istmo, no ha podido ser alcanzada.

En 1927 apareció el primer libro de Salarrué, *Cristo Negro*, que narra la historia de un hombre que ofrece la salvación del alma en la otra cara del espejo, una especie de redentor activo, que no derrota al demonio en un simple duelo verbal, sino con la acción, en su carácter de verdugo, como instrumento del bien a través del mal. En 1927 publicó una novela, *El señor de la burbuja*; en 1929 *O'Yarkandal* y en 1940, *Eso y Más*.

Su libro más importante después de *Cuentos de Barro* es *Cuentos de Cipotes* (1945) una recreación del lenguaje infantil, que se presenta con caracteres híbridos; el habla de la calle, de la barriada, del campo, con giros que recuerdan la florida picaresca clásica, con modismos entre arcaicos y neologísticos. El lenguaje es aquí instrumento de comunicación directa, mucho más eficaz que en *Cuentos de Barro*, pues allá existe también el ambiente, que divide con el lenguaje esa responsabilidad de comunicación. En *Trasmallo* (1954) siempre dentro de la temática vernácula, el lenguaje es más llano y accesible. El último libro de Salarrué es *La Espada y otras narraciones*, publicado en 1960.

Salarrué crea una tradición narrativa y produce como ningún otro, una escuela de cuentistas en Centroamérica, que aún perdura, aunque él mismo se aparta en *La Espada* de su línea original para intentar un tipo de relato cosmopolita.

Así, da a la cuentística centroamericana una serie de constantes temáticas: la mujer que se prostituye por miseria; los perseguidos por fabricar aguardiente clandestino; las sequías y las rogativas para que llueva; las fiestas religiosas campesinas; los partos en el campo; los raptos y otros muchos que los regionalistas repiten después incesantemente. Y en el lenguaje, generaliza el uso de términos locales; la apropiación del habla directa del campesino; el uso de lugarismos para construir metáforas.

En El Salvador, *Hugó Lindo* (1917) se introduce dentro de esta línea vernácula con *Guaro y Champaña* (1947), cuentos unos ásperos y otros más

desvaídos como él mismo los llama en su diferencia ética; el más difundido de los cuales es *Risa de tonto*. Es autor también de *Aquí se cuentan cuentos* (19) y de algunas novelas entre ellas *Justicia señor gobernador* (.) y *Cada día tiene su afán* (1965) esta última galardonada hace algunos años. Apartándose de la tendencia vernácula, Hugo Lindo se ha dedicado últimamente al cultivo del cuento fantástico, aunque evidentemente sin superar Guaro y Champaña.

El guatemalteco **Francisco Méndez** (1909-1963) es el narrador que más logró el cuento regional en su país; su único libro se llama *Cuentos de Francisco Méndez*.

En Costa Rica, **Carlos Salazar Herrera** (1906) retoma directamente el hilo de Salarrué en *Cuentos de Angustias y Paisajes* (1947) y lo mismo hace **Jorge Montero** (1923) también costarricense, autor de *Al Pairo* (1964), aunque un poco tardíamente. El cuento hondureño entra en la vertiente de lo regional, con **Arturo Mejía Nieto** (1901) con *Relatos Nativos* (1929) y quien escribió una extensa serie de libros, entre cuentos y novelas **Marcos Carías Reyes** (1905-1949) también hondureño, se distingue como un narrador en cuyos temas campean las antítesis y los encuentros, aunque sus influencias son más bien europeas que vernáculas.

Para cerrar este ciclo, mencionaré a dos autores nicaragüenses en quienes se encuentra mejor propiedad para liberar su expresión y darle mayor autenticidad, dentro de la creación vernácula **Mariano Fiallos Gil** (1907-1964) quien se aparta del habla encomillada, para emplear descripciones románticas del paisaje y de sus habitantes, todo marcado en un fuego de nostalgia, aboliendo los personajes pintorescos de materia plástica, para dar otros de pasta humana y dolorida. Publicó un único libro, *Horizonte Quebrado* (1959). El otro es **Fernando Silva** (1927), quien representa la transición entre el cuento vernáculo como tal, y la creación de un mundo independiente, una especie de dimensión de sueño y recuerdo de la infancia, ya que todas sus historias transcurren en un pueblo olvidado *El Castillo*, en una remota región nicaragüense, junto al Río San Juan; su vinculación con lo regional se establece a través del habla de los personajes. Sus libros son *Cuentos de Tierra y Agua* (1965) y una novela, *El Comandante* (1969), siendo ambos partes de una obra total, vinculadas a las mismas gentes, al mismo paisaje, a los mismos recuerdos y a la misma magia circundante.

Junto a las tres tendencias descritas se han presentado, por lo general de manera aislada, escritores que tratan de romper con esa barrera o por lo menos de ofrecer una voz distinta, que no tenga que ver nada con lo vernáculo o con lo local.

Por contraste, es en El Salvador, donde a pesar de la poderosa presencia de Salarrué, se ha iniciado esta búsqueda de nuevos rumbos, a través del cuento psicológico, del cuento breve, y del cuento humorístico **Napoleón Rodríguez Ruiz** (1910), aunque situado en lo tradicional vernáculo, trata de liberar al cuento del pintoresquismo para, con los mismos elementos, darle un tratamiento psicológico, aunque en sus tramas, la naturaleza sigue jugando un papel importante como condicionadora de las acciones del hombre: la

luna, el volcán, el mar Tiene una novela, Jaraguá (1950) que pertenece al ciclo de Gallegos; y dos libros de cuentos, El Janiche (1960) y La Cuadratura del Triángulo (1969).

José Jorge Láinez (1913-1962) se aparta del folklore para dar algunos cuentos de textura dramática, con venganzas demasiado patéticas y conflictos internos de los personajes. José María Méndez (1916) es el único cuentista centroamericano que utiliza el humor como elemento principal de la creación literaria y desplaza el eje de la narración, del ambiente hacia las situaciones en sí, a las que hace cobrar vida para divertir. Su primer libro, es una especie de recuento humorístico, Disparatario, publicado en 1957; pero donde sus cuentos adquieren mejor individualidad es en Tres mujeres al cuadrado (1963)

Cristóbal Humberto Ibarra (1918) se inicia con narraciones de carácter tradicional; así Cuentos de Cima y Sima (1952) y su novela Tembladerales (1957); pero en Plagio Superior (1965) y Cuentos Breves para un Mundo en Crisis (1957) ensaya el cuento breve o intelectual, puesto de moda por Bioy Casares y Borges, y Waldo Chávez Velasco (1932) con sus cuentos futuristas y espaciales, recogidos en Cuentos de Hoy y de Mañana (1963).

En Nicaragua, al iniciarse el movimiento de vanguardia en el año de 1926, que creó un nuevo estilo poético y produjo la más valiosa generación literaria del país, surgió un admirable narrador: José Coronel Urtecho (1906) autor de varias noveletas y de un cuento antológico, El Mundo es Malo. Joaquín Pasos (1915) escribió un único cuento, El Angel Pobre, de desgarradora ternura; Pablo Antonio Cuadra (1912) autor de Agosto, un relato largo y de Vuelve, Gueguense, una novela corta. Por último, Ernesto Cardenal (1925) escribió El Sueco, también un cuento único Aunque los intentos de los vanguardistas en la prosa son más bien esporádicos, la novedad en la técnica y en el estilo los sitúa muy por aparte de la línea vernácula.

En Costa Rica son José Marín Cañas (1904) autor de dos novelas: El Infierno Verde (1935) que trata de la guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia; y de Pedro Arnáez (1942) que se desarrolla en El Salvador y Costa Rica; y Julieta Pinto (1920) autora de una novela El rostro de la lluvia; quienes se apartan de la tendencia general

Pero por su unidad, por su independencia de estilo, por su profunda ironía contra la sociedad, es Obras Completas y otros cuentos (1958) del guatemalteco Augusto Monterroso (1920) el libro que fija en forma definitiva, el abandono de los amarres vernáculos para el cuento centroamericano y lo coloca en una perspectiva universal

Es claro que los elementos de validez permanente en la narrativa tradicional que puede llamarse de la primera mitad del siglo XX, son los que por medio de una expresión mágica del lenguaje, han logrado matizar la realidad: los dos clásicos serán así, Miguel Angel Asturias por Hombres de Maíz y Salarrué por Cuentos de Barro.

Como el problema del encuentro con la realidad es básico para la creación, habrá que aceptar que con las generaciones anteriores este encuentro

se produjo por lo general en forma segmentada o en algunos casos, distorsionada por buenas intenciones o por ánimos eminentemente estéticos. El escritor que como hombre culto, pulido en las disciplinas universitarias, baja el submundo del indio o del campesino a recoger el testimonio de su habla y de sus costumbres, lo hace como un verdadero colono, que desde su asiento en la metrópoli tiende un hilo de comunicación de una sola vía, hacia la barbarie subyacente, barbarie pintoresca al fin y al cabo; conquistador de lo exótico de su propio país, realiza su viaje romántico hacia una región remota y vecina a la vez. Su condescendencia se transforma en el arte de concesión que le hereda el realismo costumbrista.

Esta limitación sectorial de la realidad, conduce pronto a una degeneración y apagamiento del proceso creativo, pues comienza a identificarse a la nación con el folklore y no se concibe otro tipo de narración que no sea la campesina; se establecen entonces las diferencias entre lo culto y lo bárbaro; entre lo puro y lo contaminado; entre la camisa y la cotona; el guaro y el champaña. A medida que tal estilo se vuelve hábito, ya el autor de gabinete ni siquiera se molesta en aprehender directamente un habla y un paisaje; sino que las crea o las toma de los libros; y así se fabrica al campesino de cuerda y se le rodea de un vocabulario que se hace aparecer a la postre como el "alma nacional". El indio resulta parte del paisaje y el folklore mismo es el mejor negocio del espíritu.

Por eso es que se impone la necesidad de un cambio en esta actitud paternalista del escritor; su apertura hacia todas las fuentes y corrientes de la realidad, para que así la obra de creación tenga un ámbito universal, habitante de mundos interiores y exteriores, ni como cartel de propaganda ni como instrumento de falsificación folklórica.

Para ayudar a la justificación de un cambio de visión del escritor, es necesario también tomar en cuenta que al concluir la primera mitad del siglo XX, comienza a afianzarse un tipo de transformación social en nuestros países, que siendo hasta entonces casi enteramente rurales, enfrentan la aparición de la macrocefalización de las ciudades; las migraciones de campesinos atraídos por el espejismo de la capital; la ampliación y fortalecimiento de la clase media; los fenómenos del escalamiento social y en fin, el nacimiento de una burguesía inexistente, que importa sus modas y sus gustos y comienza a construir un mundo separado y a formarse un criterio enajenado de la nacionalidad, con más afinidades hacia los patrones extranjeros de costumbres, que hacia un ser nacional que aparece desintegrado o inauténtico, con tradiciones que empiezan a hundirse en la marea de lo culturalmente advenedizo, pues se importan del extranjero desde los zapatos hasta la educación.

El escritor tiene entonces ante sí, un nuevo concepto de realidad, una nueva clase ciudadana con su propia periferia, la de los desheredados, los campesinos, los que llegan a la ciudad a tocar sus puertas y se quedan en las barriadas. Y hay nuevas tensiones, nuevas pasiones, nuevas formas de ambición; nuevas formas de moral, pública y privada, que cada quien interpreta como mejor convienen a sus propios intereses individuales. Y un evangelio pervertido cuya transmisión queda en manos de los medios de comunicación, que se encargan de destruir los remanentes de una verdadera cultura.

Frente a este fenómeno, se produce en América Latina un cambio radical en la actitud del escritor y su visión del mundo: sabe que pertenece a una cultura marginada y que la literatura no ha sido tradicionalmente más que un producto del subdesarrollo; por eso piensa en una toma de conciencia frente a su realidad, que no aparezca en su obra como una receta o como un cartel, sino como un reflejo personal y ecuménico a la vez, de su país o de su región. En este sentido, la literatura será siempre de compromiso, si entendemos como tal, un acto de fe por la sinceridad y por la honradez intelectual. Tal concepción, que es también ideológica, obliga a enfrentar a la realidad de nueva manera, y por medio de nuevas técnicas y de su nuevo lenguaje.

Frente a la fragmentaria visión anterior, de personaje de una sola pieza, de la concepción del campesino como consecuencia directa de su habla, del escenario tropical, como un set cinematográfico; frente a la denuncia panfletaria, la solidaridad absoluta del autor con sus personajes y su actitud civilizante, el nuevo escritor latinoamericano —desde Juan Rulfo a Mario Vargas Llosa— crea personajes humanos y profundos, complejos y contradictorios, como en esencia es el hombre; lo libera del dominio telúrico del paisaje y lo coloca en el centro del universo; y crea, para servir de cámara experimental a la complicada esencia del ser, una técnica que no es ya lineal ni discursiva, sino que como un cardiograma sigue los impulsos del corazón humano, en el espacio y en el tiempo.

Esta actitud, es también ahora la de un grupo de jóvenes que luchan por rescatar a la literatura centroamericana de un carácter local y entendible solo de fronteras para dentro, para hacerla testimonio de todas nuestras miserias, de nuestros heroísmos y de nuestras derrotas; del asedio sufrido por nuestra nacionalidad; de nuestra explicación como países; del juzgamiento apocalíptico de nuestra historia; de nuestras noches medioevales, de nuestras reinos de las bayonetas; de todo lo que habita la esperanza y en fin de lo que, como resultado de una negación absoluta, íntima, y radical de lo que han hecho de nosotros, se podrá construir y destruir después para volver a construir. En el hervidero perpetuo de todas las agonías, el escritor dentro de esta concepción, es el gran lengua, que da testimonio de sí mismo y de todos los demás.

La literatura contemporánea centroamericana en el sentido apuntado, se funda con una gran sacerdotisa: la costarricense Yolanda Oreamuno (1916-1956) espíritu no solo de la época que le tocó vivir, sino de todas las épocas. En su obra en prosa: crónicas, narraciones, cartas, novelas, está un íntimo testimonio personal luchando por liberarse de las ataduras terrenales de una sociedad estática y anquilosada, para realizarse plenamente. Fue ésta su agonía, que en formidables períodos plenos de sensualidad, de calor animal, de vibración, de comunión, mas que de comunicación, da en sus libros. Toda su carga personal se libera admirablemente al encontrar las técnicas —que para ella son una forma de evacuación— de Proust, Mann, Joyce; y es la primera, que en los años intelectualmente pobres de la década de 1940, los encuentra y aprende en *Finnegans Wakes*, en *Ulises*, en la *Montaña Mágica*; en *La búsqueda del tiempo perdido*, su propia catarsis. Esta admirable Isadora Duncan, escribió una novela: *La ruta de su evasión* (1949) nunca

más publicada; sus crónicas y relatos aparecen en *A lo largo del corto camino* (1961) junto con sus cartas. Y se habla también de una novela inédita, *Tierra Firme*, cuya existencia se discute

Como parte de su visión de la literatura, Yolanda se encarga también de definir, en la temprana época de 1943, la actitud futura que ésta debía cobrar. "Literariamente —dice— confieso por mi parte que estoy harta, así con mayúsculas, de folklore. Desde este rincón de América puedo decir que conozco bastante bien la vida agraria y costumbrista de casi todos los países vecinos, y en cambio sé poco de sus demás palpitantes problemas. Los trucos colorísticos de esa clase de arte están agotados, el estremecimiento estético que antes producían ya no se produce, la escena se repite con embrutecedora sincronización y la emoción huye ante el cansancio inevitable de lo visto y vuelto a ver. Es necesario que terminemos con esa calamidad. La cansagración barata del escritor folklorista, el abuso, la torpeza, la parcialidad, y la mirada orientadora en un solo sentido, que equivalen a ceguera artística." Y dice también: "La ciudad, el empleado, la burocracia creciente, el sibaritismo semiorientado de nuestra burguesía, el arraigo seguro de tendencias y modalidades antes muy europeas y hoy muy yanquis dentro de nuestras respectivas nacionalidades, claman por un cantor, por un acusador, por un rebelde y por un descubridor de bellezas nuevas y de viejos dolores" (Profesía literaria que no se cumple en latinoamérica sino con "La Región más Transparente" de Carlos Fuentes, quince años después)

Es un nicaragüense el que dentro de la nueva concepción literaria, escribe la primera novela centroamericana de ámbito universal, por su interpretación de un país y de sus habitantes y por fijarlo dentro de un contexto histórico: *Lisandro Chávez Alfaro* (1929), con *Trágame Tierra*, publicada este año en México. Aquí se encuentran dos generaciones de hombres: la de los padres, que se aferran al leño de la salvación convencional y cotidiana en las aguas de la historia pútrida; y la de los hijos, que solo ven la salvación en la destrucción, en el incendio final de una historia que solo les provoca sentimientos de asco. Aquellos sueñan con el canal por Nicaragua, para florecer en sus riquezas y comodidades, estos, ven en el canal la maldición, la ruina de la nacionalidad. El hijo rebelde se convierte en guerrillero y muere asesinado en la cárcel; y el padre, después de hipotecar su parcela junto al Río San Juan, que se convertiría en oro puro al construirse el canal, sin lograr salvar a su hijo, se queda velando su cadáver. La imagen cabal de un país que ha formado su historia a base de entregas y frustraciones interminables. Otro libro de Chávez Alfaro, *Los Monos de San Telmo*, ganó el premio Casa de las Américas de La Habana en 1963.

Otros nicaragüenses son *Juan Aburto* (1918) que centra sus temas en la ciudad de Managua; en los habitantes de vecindarios pobres, en los empleados públicos, para dar la imagen de una ciudad desplazándose de la mediocridad hacia la civilización ficticia; *Mario Cajina-Vega* (1929) que ofrece en *Familia de Cuentos*, publicado este año en Argentina, un encadenamiento cinematográfico de la realidad nicaragüense en sus tres estadios históricos: lo rural, la provincia, la ciudad, desplazamiento que arrastra consigo a todo el país y lo devuelve hacia su origen y en el que se funden las viejas casas con

mansardas y los cocktail-parties; **Fernando Gordillo** (1941-1967), que enfoca a la sociedad en sus vicios y en sus falsificaciones y en las grandes hipocresías institucionales; su único libro **Son otros los que miran las estrellas**, permanece inédito; y cierra este grupo el nombre de una joven, **Rosario Aguilar** (1938) cuya prosa es una mezcla de recuerdos y percepciones sensoriales, prosa alerta y sonámbula a la vez, como si incorporara el mundo a sus sentidos a través de la piel; ha escrito **Primavera sonámbula** (1964) y **15 barrotes de izquierda a derecha** (1965)

En El Salvador, es **Manlio Argueta** (1935) el que con una novela, **El Valle de las Hamacas**, que aparecerá el próximo año en Argentina, abre en un lenguaje literario contemporáneo la visión de su país a la contemplación universal; realidad de la que forman parte los jóvenes que ponen en la balanza sus amores y sus ideales; que también participan del horror de la historia y buscan la salvación, que los engaña a veces en forma de torturas o de muerte. Otro narrador, **Alvaro Menén Desleal** (1930) realiza una interpretación particular del mundo por medio de la ficción absoluta en relatos cuya fantasía no excluye la presencia de su país (**El día que quebró el café**) y que pesan definitivamente sobre sus breves divertimentos o ejercicios de prosa. Sus libros son **Cuentos Breves y Maravillosos** (1963) y **Una Cuerda de Oro y Nylon** que publicará en 1970 Sudamericana de Buenos Aires. Este cuadro se completa con **José Napoleón Rodríguez Ruiz h.** (1931); **José Roberto Cea** (1939); y **Santiago Castellanos h.** (1940)

Julio Escoto (1944) nacido en Honduras, es autor de una novela, **El Arbol de los Pañuelos**, que publicará el próximo año la Editorial Universitaria Centroamericana, en la que da la historia de un pueblo asediado por los ritos de una magia inmemorial, que trastoca las cosas de sus elementos reales, hacia una existencia alucinante. Esta es la primera obra hondureña contemporánea, de indudable valor. Otro hondureño, es **Eduardo Bahar** (1940), autor de **Fotografías del Peñasco** (1969), un libro de cuentos; **Alfonso Chase** (1945) de Costa Rica, tiene una novela publicada en 1968: **Los juegos futuros**.

Para concluir esta imagen actual, está **Ricardo Estrada** (1920) de Guatemala, que ha publicado **Unos cuentos y cabeza que no siento** (1965), el primer autor que descubre en su país un universo completamente inusitado, inmerso en la evocación, la nostalgia y la mención mágica de las cosas; inusitado porque utilizando los mismos elementos que sus antecesores vernáculos, extrae de ellos la chispa de la alucinación, la palabra cumpliendo una nueva función ritual y colorida; y **Carlos Solórzano** (1922) autor de **Los Falsos Demonios** (1966), una novela sobre el exilio.

El desafío actual es el de descubrir las posibilidades para crear en Centroamérica un territorio literario, que como manifestación de una auténtica cultura pueda contribuir a afianzarnos como países de relieves independientes. Dice Angel Rama que el surgimiento de un movimiento literario de gran hondura creadora, puede interpretarse como el resultado de determinadas coordenadas históricas, pues en tiempos de transición y de transformación es dable esperar estos signos, evidencias de que las épocas de crisis son pródigas en productos de cultura, que operan a manera de avanzadas o premoniciones

de los cambios sociales, de las transformaciones de estructuras, esperadas por unos y temidas por otros.

Este será pues, el aporte más hermoso de una nueva literatura centroamericana, para poblar nuestra desolada cultura y para recobrar nuestra nacionalidad enajenada; surgir como testimonio de la verdad, ser el evangelio y ser la *profecía*

Y porque al fin y al cabo, la literatura auténtica es una forma de redención.

1786			Independencia de los E. U.
1776	* Antonio J. de Irrisari	Joaquín Fernández de Lizardi	
1789			Revolución Francesa
1811			Primeros movimientos emancipadores en Centroamérica
1816		Lazardi: El Periquillo Sarimientio	Independencia de Centroamérica
1818		* José Mármol	Anexión de Centroamérica a México
1821			Abolición de la esclavitud en Centroamérica. Se proclama la Federación
1822	* José Milla		Guerra Federal en Centroamérica
1823			Francisco Morazán, Presidente de Centroamérica
1826		* Ricardo Palma	Campaña de Honduras y Nicaragua contra El Salvador
1830			Fusilamiento de Morazán en Costa Rica
1833			Guerra Civil en Nicaragua
1837			Llegan los filibusteros de William Walker a Centroamérica contratados por políticos nicaragüenses
1839			Se declara la Guerra Nacional en Centroamérica. Walker, Presidente de Nicaragua
1842		* Jorge Isaacs	Rendición de Walker
1847		* Machado de Assis	Gerardo Barrios, Presidente de El Salvador. Fusilado William Walker en Honduras
1852	Irrisari: El Cristiano Errante	Mármol: Amalia	
1854		* Clorinda Manito de Turner	
1855			
1856			
1857			
1860			

1863	* Francisco Gavidia	Irrsari: Historia del Perin- clito Epannondas del Cauca	Jorge Isaacs: María	Fusilamiento de Gerardo Barnos
1864	* Manuel González Zeledón (Magón)	Milla. La hija del Adelan- tado	Palma: Tradiciones Perua- nas * Mariano Azuela	Se inicia el gobierno de Justo Rufino Barrios en Guatemala
1865	* Rubén Darío	Milla. El Esclavo de Don Dinero	* Rómulo Gallegos	Campaña Centroamericana
1866	* Antonio J. Irrsari	Darío: Azul	* Ricardo Gualdes	Administración de Francisco Menéndez en El Salvador
1871	* Máximo Soto Hall		* Martín Luis Guzmán Matto: Aves sin Nido * José Rubén Romero	Gobierno de los Ezeiza en El Salvador
1872				Revolución liberal en Nica- ragua
1873	* Enrique Gómez Carrillo		* Jorge Luis Borges	Asesinado Reina Barrios en Guatemala, toma el poder Manuel Estrada Cabrera
1875	* Juan Ramón Molina		* Roberto Arlt	El Modernismo entra en su apogeo
1881	* Enrique Martínez Sobral		* Alejo Carpentier	
1881	* Froylán Turcios		* Jorge Icaza	
1881	* Joaquín García Monge			
1882	† José Milla			
1884				
1885				
1886				
1887				
1888				
1889				
1890	* Rafael Heliodoro Valle	García Monge: "El Moto"		
1891	* Carlos Wyld Ospina	Gómez Carrillo: 3 Novelas Inmorales		
1894	* Flavio Herrera			
1895	* Miguel Angel Asturias			
1898	* Salarrué			
1899				
1900	* Max Jiménez			
1901	* Arturo Mejía Nieto			
1902	* Miguel Angel Espino			
1904	* José María Cañas			

1906	* Carlos Salazar Herrera * José Coronel Urtecho		Segunda intervención de E. U. en Cuba. Santos Dumond vuela a París en avión. Guerra entre El Salvador y Guatemala
1907	* Manolo Fiallos Gil		José Santos Zelaya invade Honduras
1908	* Manolo Cuádra	* Joao Guimaraes Rosa	Machado, Presidente de Cuba
1909	+ Juan Ramón Molina * Carlos Luis Fallas	* Juan Carlos Onetti * Ciro Alegria	Intervención de E.U. en Honduras. Terremoto destruye Cartago en Costa Rica
1910	* José Román * Francisco Méndez * Napoleón Rodríguez Ruiz	* José Lezama Luna	Renuncia Porfirio Díaz en México y le sucede Francisco Madero. Se rebelan Zapata y Orozco. Marmers ocupan Nicaragua
1911	* Mario Monteforte Toledo	* Ernesto Sábato * José M. Arguedas	Se concluye el Canal de Panamá. Comienza la I Guerra Mundial
1912	* Pablo A. Cuadra	* Jorge Amado	Intervención de E.U. en México
1913	* Manuel Aguilar Chávez	* Julio Cortázar	E.U. ocupa Santo Domingo
1914			Terremoto arrasa Ciudad Guatemala. Comienza la dictadura de Tinoco en Costa Rica. Los bolcheviques toman el poder en Rusia
1915	* Víctor Cáceres Lara		Termina la I Guerra Mundial. "El Grito de Córdoba" inicia la reforma universitaria en América Latina.
1916	+ Rubén Darío * Yolanda Oreamuno * José María Méndez	Azuela. Los de Abajo * Augusto Roa Bastos * Carlos Martínez Moreno	
1918	* Fabián Dobles * Joaquín Gutiérrez * Juan Aburto * Cristóbal Humberto Ibarra	* Juan Ruifo * Juan José Alreola Alcides Arguedas: Raza de bronce	
1919			

1920	* Julieta Pinto * Ricardo Estrada * Augusto Monterroso	Herrera. La Lente Opaca	Se funda "Repertorio Americano" en Costa Rica	Asesinato de Emiliano Zapata. Tratado de Versailles
1921	* Fernando Centeno Zapata	Herrera: Cenizas		Derrocado Manuel Estrada Cabrera en Guatemala. Asesinato de Carranza en México
1922				Pacto provisional de Unión Centroamericana firmado en Costa Rica
1923				Mussolini, Primer Ministro de Italia
1924	* Raúl Carrillo Meza		* José Donoso * Rosario Castellanos	Comienza la Guerra de Guerrillas de Augusto C. Sandino en Nicaragua. Guerra de los cristeros en México
1925			+ Ricardo Guraldes	Cuba se levanta contra Machado
1926			* Carlos Fuentes * Gabriel García Márquez * Salvador Garmendia * Guillermo Cabrera Infante * David Viñas * Martín Luis Guzmán: El Águila y la Serpiente Gallegos: Doña Bárbara	
1927	* Fernando Silva + Enrique Gómez Carrillo	Salarrué: Cristo Negro, El Señor de La Burbuja		
1928				
1929	* Mario Cajina-Vega * Lisandor Chávez Alfaro			La gran crisis financiera de EE. UU.
1930	* Alvaro Menén Desleal	Asturias: Leyendas de Guatemala		
1931	* José Napoleón Rodríguez Ruiz * Eduardo Carrillo Fernández	Gavidia: Cuentos y Narraciones		Comenzan las dictaduras de Trujillo en República Dominicana y de Ubico en Guatemala
1932	* Waldo Chávez Velasco * Samuel Rowinski	Flavio Herrera. El Tigre	* Juan García Ponce * Salvador Elizondo	Comienza la Guerra del Chaco entre Bolivia y el Paraguay. Asesinato masivo de campesinos en El Salvador

1933		Salarrué: Cuentos de Barro		Hitler, Canciller de Alemania. Se inicia el Gobierno de Cárías en Honduras. Los Mariners salen de Nicaragua
1934			Icaza: Huasipungo	Cárdenas electo Presidente de México. Asesinato de Sandino
1935	* Manlio Argueta	Flavio Herrera: La Tempestad Wylid Ospina: La Gringa Marín Cañas: El Infierno Verde		
1936	+ Manuel González Zeledón (Magón)		* Mario Vargas Llosa	
1937	* Carmen Naranyo	Max Jiménez: El Jaúl		Guerra Civil Española. Golpe de Estado de Somoza en Nicaragua
1938	* Rosario Aguilar		Romero: La vida Inútil de Pito Pérez	Nacionalización del petróleo en México
1939	* Lionel Méndez Dávila	Valle: Tierras de pan llevar		Comienza la II Guerra Mundial
1940	* José Roberto Cea	Salarrué: Eso y Más		Batista, Presidente de Cuba. Roosevelt reelecto en E.U.
	* Santiago Castellanos			Asesinato de Trotsky en México
	* Eduardo Bahr	Fallas: Mamita Yunai		
1941	* Fernando Gordillo	Marín Cañas: Pedro Arriñez Dobles: Ese que llaman pueblo Cuadra. Contra Sandino en la montaña Dobles: Aguas Turbias	Alegría: El Mundo es Ajeno Borges: El Jardín de Senderos que se bifurcan	Ataque a Pearl Harbor. Se firma la carta del Atlántico
1942				Conferencia Panamericana de Río de Janeiro.
1943	+ Froylán Turcios		Borges: Ficciones	Derrocados Jorge Ubico en Guatemala y Hernández Martínez en El Salvador
1944	* Julio Escoto			

1945	* Alfonso Chacé	Salarrué: Cuentos de Cipotes			Premio Nobel para Gabriela Mistral. Acta de Chapultepec. Arévalo, Presidente de Guatemala. Termina la II Guerra Mundial
1946		Dobles: Una burbuja en el Lumbo Asturias: El señor Presidente Fallas: Gentes y Gentecillas Herrera: Cuentos de Angustias y Paisajes Gutiérrez: Manglar Román: Cosmapa Monteforte: Anaité, Entre la Espada y la Cruz Monteforte: La cueva sin quietud Yolanda Oreamuno: La Ruta de su Evasión Flavio Herrera: Caos Asturias: Hombres de maíz Asturias: Viento Fuerte Fallas: Mi Madrina Dobles: El sitio de las Abras Gutiérrez: Puerto Lumón Rodríguez Ruz: Jaraguá	Guamaracas: Sagarana		Comienza la Guerra en India China
1947	+ Max Jiménez		Sábado: El Túnel Marechal. Adán Buenos-Ayres		Tratado de Río de Janeiro. Se inicia el Plan Marshall en Europa. Somoza da nuevo golpe de estado en Nicaragua
1948			Carpentier: El Reno de este Mundo Borges: El Aleph		El "bogatzo" en Colombia y asesinato de Gaitán. Guerra civil en Costa Rica
1949			Onetti: La Vida Breve		Truñía la revolución comunista en China
1950			Cortázar: Bestiario		Comienza el conflicto de Corea
1951			Arreola. Confabulario		Arbenz asume la Presidencia de Guatemala
1952		Cáceres Lara: Humus Fallas: Marcos Ramírez Ibarra. Cuentos de Cina y Sima Monteforte: Donde acaban los caminos	Rulfo El Llano en Llanas Carpentier: Los Pasos Perdidos Borges: Historia de la Eternidad Onetti: Los Adioses Fuentes. Los Días Enmascarados		Golpes de estado en Cuba y Venezuela. Presidencia de José Figueres
1953		Asturias: El Papa Verde Salarrué: Trasmallo			Rojas Pinilla asalta el poder en Colombia. Termina Guerra en Corea
1954					Cae Jacobo Arbenz en Guatemala

1955	+ Francisco Gaudín	Dobles: Historias de Tata Mundo Ambrogi. El Libro del Trópico Asturias: Week end en Guatemala	García Márquez: La Hojarasca Rulfo: Pedro Páramo	Cae Perón en Argentina
1956	+ Yolanda Oreamuno + Carlos Wiyd Ospina		Carpenter: El Acoso Gumares: Corpo de Baile Cortázar: Final del juego	Derrocado Julio Lozano en Honduras. Castro desembarca en Cuba. Anastasio Somoza asesinado en Nicaragua
1957	+ Manolo Cuadra + Manuel Aguilar Chávez	Ibarra: Tembladerales Monteforte: Una manera de morir Monterroso: Obras completas y otros cuentos	Castellanos: Balún Canán	
1958	+ Joaquín García Monge		Vargas Llosa: Los Jefes Donoso: Coronación Arguedas: Los Ríos Profundos Cortázar: Las Armas Secretas Fuentes: La Región más Transparente Fuentes: Las Buenas Conciencias Garmendia: Los pequeños seres	
1959	+ Rafael Heliodoro Valle	Fiallos Gil. Horizonte Quebrado Aguilar Chávez: Puros Cuentos.	Cortázar: Los premios	Trunfán las guerrillas en Cuba. Mueren Alfonso Reyes y José Vasconcelos
1960		Asturias: Los ojos de los enterrados Dobles: El Targuá Centeno-Zapata: La tierra no tiene dueño Salarrué: La Espada Rodríguez Ruiz: El Jamche Rodríguez Ruiz h. Las Quebradas Chachas Asturias: El Alhajadito		Derrocado Lemus en El Salvador y Junta Cívico-Militar asume el mando. República Dominicana expulsada de la OEA
1961		Dobles: Los leños vivientes	García Márquez: El Coronel no tiene quien le escriba Sábato: Sobre Héroes y Tumbas García Márquez: La Mala Hora, Los Funerales de la Mamá Grande Ornetti: El infierno tan temido Carpenter: El Siglo de las Luces Gumaraes: Primeras Historias	Asesinato de Trujillo. Se crea la Alianza para el Progreso. Fracasa invasión a Bahía de Cochinos Independencia de Jamaica y Trinidad. Juan Bosch, Presidente de Rep. Dominicana.
1962				

1969

Asturias: Hijo de ladrón
Silva. El Comandante
P.A. Cuadra. Agosto
Cajina-Vega: Familia de
cuentos
Chávez Alfaro: Trágame
tierra
Bahr: Fotografía del pe-
ñasco
Menén Desleal. Una cuerda
de oro y nylon
Argueta: El Valle de las
Hamacas
Escoto: El Arbol de los
Pauuelos

Elizondo: El Hipogeo Se-
creto
+ Rómulo Gallegos

El hombre descende en la
luna. Conflicto armado entre
Honduras y El Salvador. Gol-
pe de estado en Bolivia

1970

